

Todo deseo propone la libertad y la verdad. No es ilegítimo e impuro, sino secundariamente, si lo envenena la voluntad *de ser* (en-sí-para-sí) y por la presencia del otro en él (pág. 433).

La libertad es, vista desde el origen y en conjunto, tragedia y fracaso. El hombre es libre porque toma conciencia de su contingencia, de que no es necesario en el mundo, y convierte esta contingencia en una necesidad, la necesidad de ser. Pero esta declaración de necesidad choca contra el orden dado del mundo y, mirado desde él, es un fracaso. Lo trágico es la afirmación de la libertad en medio del fracaso, admitiendo que éste es la condición esencial de aquélla. Lo mismo ocurre con la opresión, que es, en el fondo, reconocimiento de la libertad, ya que no se oprime sino a otra libertad, que debe ser, previamente, reconocida como tal.

El fracaso es la destrucción de la empresa humana por el mundo y el reconocimiento del hombre, ante sí mismo, como lo imposible (de nuevo Goethe). Pero es posible recuperar el fracaso y convertirlo en pedagogía religiosa: el cristianismo lo hace proponiéndose como religión de los esclavos y siguiendo a ese monarca que dice: «Mi reino no es de este mundo», que es como decir: «Mi reino no es de este mundo que convierte la libertad en fracaso y al hombre en un ser imposible». O también (lo cual no está muy lejos de la meditación sartreana, cristiana en este sentido): «Mi reino es la Ciudad de los Fines».

El fracaso es condición de la libertad porque el sujeto que fracasa se propone nuevas empresas, sigue movido por el deseo, enfrenta la opacidad del mundo, rechaza la obra como propia, no se reconoce en lo hecho, se declara satisfecho pero insaciable, etcétera. Cuando el hombre se siente saciado de lo que ha hecho se identifica con su obra, luego se convierte en objeto y pierde su condición humana. Es el reino animal del espíritu, que interesa a los zoólogos, pero no a los filósofos.

El hombre salva su humanidad cuando reconoce que sus triunfos son fracasos y que él es lo que no es, que su ser le lleva la delantera, constante futuro de sí mismo, perpetuo más allá de todo lo que hace. Como Cristo en la cruz, el cuerpo individual es el del rey sacrificado para que lo universal siga más allá, en el cielo, donde mora el Padre que lo ha abandonado y al cual entrega su espíritu (lo universal!) descarnado del cuerpo (lo particular).

La propia moralidad sartreana es proyecto y fracaso, y es por ello, quizá, que cuando Sartre imagina el advenimiento del Reino de lo Humano, lo visualice (igual que Walter Benjamin) como un Apocalipsis, o sea, esa noticia que, al comunicarse, destruye lo que anuncia. Los hombres se liberan los unos a los otros reconociéndose mutuamente como libres y universales. Fiesta o apocalipsis, revolución permanente o «potlach», este suceso es contrario a todo orden, no puede cristalizarse en orden porque el orden supone una ley objetiva ajena al hombre, por tanto, instauradora de lo otro en el hombre, alienante, incompatible con la libertad. Por esto, el verdadero vínculo humano entre libertades si, por un lado, está siempre presente, está también siempre alienado. Dicho con más rigor: el vínculo humano no existe en acto, no existe realmente. Es una ensoñación negativa de la alteridad y la alienación. Y, en tanto inconcebible dentro de cualquier orden, incompatible con cualquier sociedad. De nuevo los hombres somos imposibles como tales hombres, la vida es una constante nostalgia apocalíptica.

Otra vez el ser y la nada

Queda dicho que la parábola sartreana termina donde empezó: quiso escribir una moral ontológica y terminó en una ontología de la libertad, dado que la empresa de definir una moral es imposible en sí misma, ya que tal definición supondría un código, o sea, un orden, necesariamente contrario a la libertad. Por otra parte, al hacer de la humanidad algo incompatible con cualquier orden social, coloca, como al principio, el Reino de lo Humano fuera de la historia que, paradójicamente, es la obra maestra de los hombres. Pero, en fin, todo sea en homenaje a esa ilustre imposibilidad llamada hombre.

El sartrismo, sin osar decirlo, se ha propuesto como una religión del Ser que está detrás de los seres, lo que Heidegger propone como el ser que no es el genérico de los entes, un Dios que no es igual a los dioses. Y este Ser que no tiene parigual es quien resulta capaz de extraer el ser de su contrario, la absoluta falta de ser, la nada. Por ello la sostiene y ella lo funda. Como un matrimonio, en que el marido (el ser) sostiene a la mujer (la nada) que le sirve de fundamento, pues sabemos que siempre las mujeres están debajo de los hombres y en castellano, para mayor felicidad, el ser es masculino y la nada es femenina, como corresponde.

El ser y la nada están el uno dentro del otro, siendo el ser infinito ser y la nada correlativa falta infinita de ser. Es decir que la plenitud infinita supone una carencia también infinita. Y así se sacan el uno y el otro de su inmovilidad y es posible ese constante juego de posiciones variables que es la vida y el intento de hacerlo caber en un discurso finito —como éste, por ejemplo—, intento que resulta disparatado de movida.

El ser desaparece en la nada y de ese aniquilamiento nace un ser recuperado, el para-sí, que vaga por el mundo profiriendo llamados, invocando: nombrando. Su lenguaje es genesiaco y lo que nombra cobra existencia. El ser es salvado de la nada por esta maniobra de manifestación y es así que el ser deviene verdad. El fondo indiferenciado del ser permite, como en una escena abstracta, el desvelamiento de entes particulares, strip-tease de la identidad que, sin embargo, no salva a nadie del reino de las sombras. El espectáculo termina, las luces se apagan y sigue ese proceso mortal y olvidadizo que llamamos la historia.

Si tomamos el punto de vista del infinito fondo indiferenciado, vemos, con angustia, que nuestra conciencia finita le resulta impertinente y surge ese estado hegeliano de la conciencia desdichada. Si tomamos el punto de vista de los entes desvelados, nos quedamos encerrados en la relatividad, con una angustia simétrica, la de ver pasar a nuestro alrededor un vertiginoso infinito que no nos pertenece y al cual pertenecemos de una manera fatal y misteriosa. Es el Aleph borgiano.

Estas tensiones dinamizan todas las categorías que hemos recorrido antes: la libertad, el deseo, la historia, el proyecto y la acción. El ser es un ser desdichado al que define su carencia y la desdicha proviene de que la carencia es infinita y, por lo mismo, en cuanto contenido, inefable. Este ser carente, que entre sus carencias registra la de no tener fundamento es, por paradoja, el fundamento ontológico de todo lo demás. Y su lucha contra la imposibilidad que lo define tiñe de impotencia, tragedia

y fracaso toda la empresa humana que es también fantasía de omnipotencia, dicha y triunfo, como corresponde.

El hombre aprende a través del mundo que nada lo sostiene, pues lo sostiene la nada, y que su único privilegio, entre los demás animales, es el de oponer el azar a la libertad y no, como en el orden de la naturaleza, la necesidad. Este mundo infundado es lo que permite que el hombre sea libre y no deba responder a ningún Fundador.

La carencia es, también la base de la creatividad humana. Sartre sigue aquí el genial aforismo de Valéry según el cual *la création est une faute*: la creación es una carencia y también una falta en el sentido de pecado, pues el hombre que se diputa creador parodiza, de modo pecaminoso, el acto que define, por excelencia, a Dios: instaurar el en-sí sobre la nada.

El ser es un ser carente que se define como ser en el modo del no ser. El ser reconoce la carencia que lo define y, a partir de allí, en un doble ejercicio de negatividad, niega sus carencias produciendo lo que no es. Sólo a partir de una carencia fundante es concebible un ser creador. Por el contrario, el ser pleno de sí mismo no crea nada porque lo tiene todo. Aún las lecturas existenciales del cristianismo imaginan a Dios como carente: a Dios le hizo falta el universo cuando lo creó, le hizo falta el hombre y por eso lo creó, etc.

Esta categoría de carencia tiene tres relaciones privilegiadas:

1.º *Con el pasado*: el pasado no es sólo la falta de ser en el ser que fui, sino también una falta de ser en el ser que debo ser perpetuamente. Por ello, el pasado es siempre presente y es posible releerlo intentando llenar sus carencias. Es la posibilidad por excelencia de la razón histórica.

2.º *Con la ignorancia*: desde el punto de vista del conocimiento, la carencia es algo exterior y dado que intenta llenarse con un ejercicio de productividad libre dirigida, precisamente hacia fuera, hacia el otro, en busca de reconocimiento. Como no hay una verdad previa y dada, lo que caracteriza al conocimiento humano no es el hallazgo de dicha verdad inexistente, sino lo contrario: la ignorancia. El hombre sabe porque se sabe ignorante, sabe porque ignora. Y este no es un defecto de la humanidad, sino más bien un privilegio, el de aceptar todo conocimiento como provisorio y superable, el de valorizar la ignorancia como condición del saber (y no identificarla con el error, según las concepciones veristas y dogmáticas del saber), el visualizar la verdad como algo perpetuamente en acto, algo por hacer, un proyecto y una tarea.

3.º *Con la verdad*: las teorías de la verdad que, desde Platón, intentan definirla como algo dado y a descubrir, algo que nos espera ya hecho y perfecto, imponen la verdad como algo que viene de afuera, algo extraño y atinente al mundo del Otro.

En una óptica productivista como la sartreana, la ausencia de verdad previa transe todo el saber de ignorancia y lo convierte en una totalidad indeterminada, donde todas las posibilidades pueden llegar a cumplirse. No es encontrar el camino correcto que lleva a la isla del tesoro, sino hacer del propio camino un tesoro. Así es que la ignorancia se diferencia del error, pues ignorar es estar instalado entre el error y la verdad sin poder distinguirlos. Es posible estar en lo verdadero sin saberlo, habitar en la verdad sin la conciencia ignorante.

Lo opuesto a este planteo es el llamado espíritu de seriedad, donde la verdad no